

Juan Rulfo: Su vida, su tiempo y su obra

Sergio López Mena

Universidad Nacional Autónoma de México

López Mena, Sergio(2005), Juan Rulfo: Su vida, su tiempo y su obra, *Revista Iberoamericana*, 16, pp. 201-218.

En la narrativa mexicana del siglo XX, en la que destacan Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, José Revueltas, Agustín Yáñez, Juan José Arreola y Juan Rulfo, este último sobresale por la autenticidad de su lenguaje y el carácter renovador de sus propuestas literarias.

La vida de Rulfo abarca una etapa crucial de la historia contemporánea de México, la de la institucionalización de la Revolución Mexicana, época en que florece culturalmente el nacionalismo.

En sus cuentos, expresión de una mentalidad de los hombres del campo, Rulfo construyó con intensidad seres en situación límite, con la violencia como signo más evidente. En su novela *Pedro Páramo*, está la idiosincrasia de un amplio grupo social, pero además la profundización en los misterios del hombre universal, particularmente en la veta de la pasión amorosa. Novela dialógica, desprovista del tradicional punto de vista moralizante, es *Pedro Páramo* una obra auténtica, de fina poesía. Por otra parte, la obra fotográfica de Rulfo, que lo muestra como un experto en ese arte, da testimonio del México de todos los tiempos, con la pobreza de su gente, la aridez de sus campos, la ternura de sus indígenas.

Key Words: Narrativa mexicana/ Historia/ Sociedad/ Cultura

I. Introducción

Juan Rulfo es el narrador mexicano más importante del siglo XX. Su breve obra tiene la significación de un momento de llegada de las direcciones de la literatura nacional, el de la aspiración al carácter auténtico en el uso del lenguaje y en la construcción de los argumentos.

En el siglo XX, tenemos en México grandes autores de narrativa. El primer grande es Mariano Azuela, que con su novela *Los de abajo* (1915) mostró la realidad interior del movimiento revolucionario. Si bien debemos a este médico jalisciense otras muchas novelas, la importancia en la historia de las letras mexicanas la obtuvo con esas escenas y cuadros de la Revolución, movimiento social de grandes dimensiones, ya que se calcula que hubo en él un millón de muertos.

Mariano Azuela venía del pueblo. Nació en una población del noreste del estado de Jalisco: Lagos de Moreno, una ciudad levítica, en la ruta de México a Zacatecas, la antigua ruta de la plata. Azuela supo de las injusticias sociales padecidas por el pueblo sobre todo durante el régimen de Porfirio Díaz e intentó participar en la política de su ciudad natal, pero las fuerzas retardatarias se lo impidieron. Se unió a la Revolución como médico de tropa, a las órdenes de Julián Medina, de filiación villista. Al ser derrotados Francisco Villa, el Centauro del Norte, y sus miles de seguidores, Azuela se refugió en El Paso, Texas, donde dio a conocer su novela *Los de abajo*.

Narrador cumbre lo es también Martín Luis Guzmán, autor de *La sombra del caudillo* (1929), en la que testimonia los sucesos de la clase política de un país atrapado en las venganzas de quienes habían hecho la Revolución. Martín Luis Guzmán es, junto con Alfonso Reyes, un gran maestro de la prosa.

José Revueltas es un nombre imprescindible en la narrativa mexicana del siglo XX. Desde sus primeros cuentos quiso buscar nuevos cauces para el relato. Entre sus obras, sobresalen *El luto humano* (1943) y *El apando* (1969) novelas de intensidad humana. Revueltas fue un teórico de la lucha social, al que el régimen político recluyó varias veces en la cárcel.

Agustín Yáñez nos dio en *Al filo del agua* (1947), una propuesta renovadora. Su novela es un clásico, un texto fundamental para conocer la vida del interior del país, particularmente la región jalisciense, a principios de siglo, en vísperas de la Revolución, es decir, al filo del agua.

Juan José Arreola escribió *La feria* (1963), una novela polifónica sobre su región de origen, el sur de Jalisco, pero su importancia como narrador radica más bien en su trabajo de cuentista, de artifice de situaciones imaginarias. Sus libros *Confabulario* (1952, 1966) y *Varia invención* (1949) constituyeron una novedad en la narrativa. Arreola y Rulfo eran, en la década de los cincuentas, nuestros cuentistas más importantes.

He mencionado sólo a algunos de los principales autores del siglo XX que antecedieron a Rulfo o publicaron al mismo tiempo que él. Hablemos de Rulfo:

II. Su vida

Juan Rulfo nació el 16 de mayo de 1917 en una ciudad del sur de Jalisco, Sayula, de acuerdo con su acta de nacimiento. Vivió en la infancia los años duros de la Guerra Cristera, que en el sur de Jalisco tuvo gran fuerza. Su padre, Juan Nepomuceno Pérez Rulfo, murió en 1923, asesinado por diferencias con alguno de sus paisanos. Este trágico acontecimiento marcaría la vida de un niño, luego un joven y finalmente un adulto, consciente de la fragilidad humana, del desarraigo y la orfandad del ser en el cosmos. La soledad del hombre sería uno de los significados de su obra literaria.

A los pocos años del asesinato de su padre murió María Vizcaíno Arias, su madre, y quien se hizo cargo de la familia fue la abuela materna, Tiburcia Arias.

Juan vivió en un internado de Guadalajara, la capital de Jalisco. De allí pasó a estudiar al Seminario de Guadalajara, donde quizás haya estado algunos años. No sabemos cuántos, pues él no quiso informar de eso a ninguno de sus numerosos entrevistadores. Lo que decía al referirse a la etapa

de su vida que está alrededor de 1934, era que pretendió ingresar a la Universidad de Guadalajara, pero que no pudo lograr su objetivo, dado que ésta se encontraba en huelga.

Rulfo llegó a la ciudad de México, donde vivía un tío suyo, el coronel David Pérez Rulfo, quien lo apoyó para que le fuera menos difícil estar en la capital, una ciudad con un ritmo muy diferente del de las ciudades del interior. Por sus relaciones en el ejército, su tío pudo hospedar al joven Rulfo en una de las instalaciones militares aledañas al bosque de Chapultepec, llamada Molino del Rey.

Al paso de los años, Rulfo entró a trabajar de archivista en la Secretaría de Gobernación, donde también laboraban Efrén Hernández y Jorge Ferretis, dos narradores con reconocimiento. Efrén Hernández llegaría a ser el gran maestro de Rulfo.

Iniciaba la década de 1940. Una tarde, Efrén Hernández vio que Juan Rulfo estaba concentrado en la escritura de algunas páginas personales. Se le acercó y le preguntó al respecto. Rulfo le mostró lo que tenía en las manos y le contó que escribía una novela, *La soledad del padre casado*. “—A ver, a ver” —dijo Hernández, y entusiasmado con el texto que le fue mostrado, recomendó al joven novelista que llevara uno de los capítulos de éste a los editores de la revista *Romance*. Así lo hizo Rulfo, pero los editores de esa publicación no coincidieron con la opinión de Hernández. Rulfo, sintiéndose derrotado, destruyó la novela, con excepción de unas páginas. Muchos años después, lo conservado se dio a conocer bajo el título “Un pedazo de noche”.

En “Un pedazo de noche”, unidad narrativa que funciona como un cuento, la acción transcurre en la ciudad de México. Temáticamente, se trata de un relato muy distinto de los que definen el perfil de la obra de Rulfo, en la que la mayoría de los argumentos se desarrolla en el campo del occidente de México. El comienzo de Rulfo fue como narrador de escenas urbanas. “Un pedazo de noche” tiene, sin embargo, elementos de la narrativa rulfiana, como el monólogo y la recreación memorialista.

En la ciudad de México, Rulfo asistió a las cátedras y conferencias que se daban en los planteles de la Universidad Nacional. Al parecer, intentó sin éxito que le revalidaran los estudios realizados en la provincia.

Se trasladó luego a Guadalajara a desempeñar labores al servicio del gobierno mexicano y allí estableció con Juan José Arreola y con Antonio Alatorre una relación que propiciaría la publicación de sus cuentos. En *Pan*, revista tapatía alentada por esos otros dos jaliscienses sureños, Rulfo vio publicados “Nos han dado la tierra” y “Macario”, julio y noviembre de 1945, respectivamente. Pero ya la revista *América*, de la capital del país, le había publicado un mes antes “La vida no es muy seria en sus cosas”, un relato de corte tradicional.

Al irse Juan José Arreola a París, a fines de 1945, el grupo formado por esos tres jaliscienses se dispersó. Alatorre y Rulfo viajaron a la capital. Rulfo ingresó a trabajar en la compañía Goodrich Euzkadi, luego obtuvo una beca en el Centro Mexicano de Escritores. Ya contaba para ese tiempo, principios de la década de 1950, con la publicación de varios cuentos en la revista *América*, cuyos editores anunciaron la publicación de los cuentos de Rulfo en un libro, proyecto que no se llevó a cabo.

Correspondió al Fondo de Cultura Económica publicar en 1953 *El Llano en llamas*, un volumen con quince cuentos de Rulfo, sumando ocho a siete de los ocho ya aparecidos en las dos revistas que me menciono. Dio nombre al libro uno de los cuentos, el más extenso.

A los quince cuentos de la edición inicial, Rulfo agregó en ediciones posteriores “El día del derrumbe” y “La herencia de Matilde Arcángel”, con lo que el volumen quedó conformado a la postre por diecisiete relatos.

En 1952, Rulfo ingresó como becario al Centro Mexicano de Escritores, institución singular que había sido creada en 1951 por la estadounidense Margaret Shedd. Entre sus compañeros en el Centro se contaron Ali Chumacero, Ricardo Garibay, Miguel Guardia, Enrique González Rojo y Luisa Josefina Hernández. El Centro Mexicano de Escritores renovó la beca a Rulfo para un segundo período, en el que compartió las sesiones de lectura y discusión de textos con Juan José Arreola y Rosario Castellanos, escritores a los que solían unirse becarios de la promoción anterior.

El Centro Mexicano de Escritores propició el que Rulfo escribiera una obra fundamental en la narrativa mexicana, su novela *Pedro Páramo*, que tuvo varios nombres antes de salir de la imprenta del Fondo de Cultura

Económica en marzo de 1955. En el original que conserva el Centro Mexicano de Escritores se titula *Los murmullos*.

En la década de 1950, Rulfo trabajó en la Comisión del Papaloapan, lo que le llevó a conocer de cerca la problemática de los pueblos indígenas del sureste mexicano. Un corto tiempo, a principios de la década siguiente, radicó nuevamente en Guadalajara, al servicio de una estación de televisión local, pero regresó a la ciudad de México para vivir allí definitivamente, al lado de su familia.

Rulfo siguió escribiendo después de la publicación de *Pedro Páramo*. Entre sus obras posteriores, contamos con una buena novela de corte tradicional que él llamó guión para cine, *El gallo de oro*, además de textos que efectivamente deben su pertenencia al celuloide, como *El despojo* y *La fórmula secreta*. Al lado de esas obras, salieron de sus manos escritos de diversa naturaleza, como artículos periodísticos, prólogos, ensayos, conferencias.

Mucho se han estudiado las dos obras más conocidas de Rulfo, *El Llano en llamas* y *Pedro Páramo*. Pero la labor intelectual y artística de este autor está también en campos como el de la fotografía y la preparación de textos que fueron publicados por el Instituto Nacional Indigenista, institución en la que Rulfo trabajó durante 23 años. Es indudable que la vinculación de Rulfo con el Instituto le permitió conocer a fondo la realidad indígena, tema sobre el que nos dejó importantes observaciones.

Además de sus tareas en el Instituto Nacional Indigenista, Rulfo se desempeñó como asesor en el Centro Mexicano de Escritores.

Rulfo recibió el reconocimiento del gobierno de su país y del de otras naciones. Se le otorgó el Premio Nacional de Literatura y se le brindó un Homenaje Nacional. En España, recibió el Premio Príncipe de Asturias. Rulfo murió el 7 de enero de 1986.

III. Su tiempo

Los años que abarca la vida de Rulfo, de 1917 a 1986, son cruciales en la historia contemporánea de México. Política, cultural y socialmente, el país renace entre las cenizas posrevolucionarias y se perfila. Son sesenta y nueve años de tensiones entre la esperanza y la tragedia, entre la caverna y la poesía, de los que Rulfo fue protagonista y testigo. Pasemos revista a algunos acontecimientos que tuvieron lugar de 1917 a 1985.

- 1917: Con Venustiano Carranza como presidente, rige una nueva Constitución o Carta Magna, a partir del 5 de febrero.
- 1923: Muere Francisco Villa en una emboscada.
- 1927: La Guerra Cristera está en su apogeo.
- 1936: José Clemente Orozco inicia sus murales en Guadalajara.
- 1938: Expropiación petrolera, decretada por Lázaro Cárdenas.
- 1947: Emilio el Indio Fernández dirige *Río escondido*, con María Félix en el papel principal.
- 1949: Se publica *Los días terrenales*, de José Revueltas.
- 1952: David Alfaro Siqueiros pinta en el Instituto Politécnico Nacional y en la Ciudad Universitaria.
- 1956: Luis Spota publica *Casi el paraíso*.
- 1958: Huelga de ferrocarrileros.
- 1963: Juan José Arreola obtiene el premio "Xavier Villaurrutia" por *La feria*.
- 1964: José Agustín publica *La tumba*.
- 1965: Salvador Elizondo recibe el premio "Xavier Villaurrutia" por su novela *Farabeuf* o la crónica de un instante.
- 1968: Asesinato de numerosas personas, al final de un mitin estudiantil, en Tlatelolco, un barrio del norte de la capital.
- 1970: Parménides García Saldaña publica *El rey criollo*.
- 1974: Es capturado y muerto el guerrillero Lucio Cabañas, jefe del Partido de los Pobres.
- 1979: Inés Arredondo recibe el premio "Xavier Villaurrutia" por *Río subterráneo*.
- 1981: Rufino Tamayo dirige la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Oaxaca.
- 1984: Explosión de depósitos de gas en el suburbio San Juanico Ixhuatepec, de la capital del país, con un saldo aproximado de 2, 500 muertos.
- 1985: Parte de la ciudad de México es devastada por un terremoto, contándose, según cifras oficiales, unos ocho mil muertos.

IV. Su obra

La obra literaria de Rulfo no es amplia, pero con su libro de cuentos y su novela *Pedro Páramo* consiguió darnos la intensidad de unos seres humanos en situación límite. A continuación señalaré algunos aspectos de *El Llano en llamas* y de *Pedro Páramo*.

Los cuentos de *El Llano en llamas* expresan la mentalidad del hombre del campo, sobre todo la del campesino del occidente de México, de esas tierras que Nuño de Guzmán asolara a sangre y fuego, las de Jalisco. Tierras en que la violencia es la marca más evidente. Veamos de qué trata cada uno de esos relatos.

“Nos han dado la tierra”. Es un monólogo que nos muestra la realidad exterior y la idiosincrasia del personaje. Rulfo construye sus textos a partir de la psicología de los protagonistas. La historia se narra desde un determinado punto de vista. La perspectiva personal pasa a ser también objeto narrativo, con la misma importancia que los sucesos descritos. La sustancia del relato es el lenguaje del protagonista, la riqueza de su observación, el entramado de sus planos discursivos. A través del recuerdo se recrea el episodio de la entrega de la tierra, con frases de gran economía lingüística, y por medio de esos pensamientos en voz alta que nos da el relato sabemos de lo que sucede en el interior del personaje, sus gustos y deseos, al mismo tiempo que de los hechos históricos o del momento. El monólogo y el diálogo sustituyen las descripciones, los calificativos y las reflexiones del narrador omnisciente que aparecían en las narraciones costumbristas.

“La Cuesta de las Comadres”. Minuciosa declaración del protagonista sobre la forma como mató a Remigio Torrico, quien lo acusaba de haber dado muerte a su hermano Odilón, precedida de una amplia descripción acerca de quiénes eran los Torrico y a qué se dedicaban, así como del ambiente físico y social del poblado. Construcción de los escenarios del recuerdo y del acontecer humano a través de un lenguaje que adquiere autenticidad. El personaje no es justificado por un narrador omnisciente, sino por su propio punto de vista. El relato alude a un lugar geográfico cercano a Zapotlán el

Grande, hoy Ciudad Guzmán, en el sur de Jalisco. El tema de la violencia -y particularmente el de la muerte- es una constante en la narrativa rulfiana.

“Es que somos muy pobres”. Monólogo de un niño campesino que cree que la pobreza y la desgracia ocasionarán que su hermana elija una vida licenciosa. Ya Jorge Ferretis, en el cuento *Hombres en tempestad*, había escrito sobre la gran importancia que dan a los animales los hombres del campo, pero este relato se extiende en planteamientos de ingenuidad y de angustia, que se explican por el medio familiar y social al que el narrador pertenece.

“El hombre”. Uno de los relatos de este libro con mayor complejidad técnica. Hay un narrador omnisciente en la primera parte, que describe la persecución de alguien que huye después de haber dado muerte a una familia. Se nos cuenta lo que piensan y hacen tanto el perseguido como el perseguidor. Al final, un cuidador de borregos declara parte del desenlace, sin que se sepa quién mató al hombre que huía. La narrativa de Rulfo tiene como uno de sus temas principales la venganza. El remordimiento y la angustia que vive el perseguido son ya una forma de justicia divina, pero la venganza sangrienta, a manos del hombre, llegará inevitablemente, como lo vemos también en el cuento “¡Diles que no me maten!”

“En la madrugada”. El relato se sitúa en San Gabriel, Jalisco. Es un cuento de base eminentemente realista, con anécdota, pero que tiene complejidad en los nudos clave.

La complejidad del relato reside en que no sabemos las causas de la muerte de Justo Brambila. Como en el cuento “El hombre”, ignoramos si el acusado dice la verdad. La casualidad, la motivación y la justicia divina se confunden en la posible respuesta a nuestra duda. El incesto, que aparece en este relato, es uno de los temas de la narrativa rulfiana.

“Talpa”. Monólogo en el que se expresa el remordimiento por la muerte del hermano y se describe la forma como ésta fue realizada. Un procedimiento narrativo que hallamos en los textos de Rulfo es la creación de personajes de manera indirecta, a través de lo que de ellos cuentan los demás. En este relato vemos a un peregrino de dimensiones profundamente humanas. La vivencia de la culpa, como se ve en este relato, es un tema de la literatura

de Rulfo.

“Macario”. En este monólogo, un niño expresa sus pensamientos acerca de su vida cotidiana en un pueblo. Hay ambigüedad en el personaje: cuenta de él mismo rasgos que reflejan cierto desequilibrio emocional, pero la mayoría de los episodios narrados pertenecen a una realidad infantil de pueblo. Otro aspecto indefinido es la edad que puede tener Macario. Narrar a base del pensamiento de un personaje y no a partir del estilo literario del autor fue uno de los objetivos centrales de Rulfo. En este cuento, es notable la expresión única del protagonista, que refleja sus pensamientos, su mundo interior y su percepción de la realidad. La obra de Rulfo es fundamentalmente una realización del lenguaje, y por lo tanto, de la psicología. “Macario” constituye un modelo de construcción psicológica.

“El Llano en llamas”. Este relato, que dio título al libro, es el más extenso. Es también el más notable por el ritmo, que sostiene su intensidad épica hasta la última línea. Es éste uno de los mejores relatos de la narrativa de la Revolución. En él, como en la mejor novela de Azuela y en la pintura más significativa de Orozco, Rulfo mueve conjuntos de protagonistas, ya no sólo a un personaje. Es un relato de antihéroes, dibujados a través de sus acciones, no para provocar en los lectores repulsión, sino para que se les observe en su coherencia, como una realidad del ser humano.

Rulfo transformó el concepto de la literatura al desalojar de ésta la perspectiva moral como principio estético. Entre la verdad relativa y el juicio contundente, prefirió la primera, buscando la verdad de los protagonistas, no la del autor ni la que los lectores de narraciones costumbristas podrían desear. Esa verdad, desde la perspectiva de los antihéroes de este relato, es indudablemente cínica, pero es *su* verdad. Suetos los demonios sobre el Llano, lo único que queda tras su paso es la nada. También en esta visión pesimista y desmitificadora de la Revolución, Rulfo coincide con Azuela. Pero en él hay un paso más en su compromiso con el hombre. De ahí el último cuadro del cuento, en el que la esposa del *Pichón* lo aguarda amorosa a las puertas de la cárcel para mostrarle al hijo de ambos.

“¡Diles que no me maten!” Relato de gran dramatismo, en el que el tema es la venganza. A diferencia de cuentos como “Macario”, en éste importa el

argumento, la historia que se narra. Contrastan los comportamientos de los hijos: el coronel venga el sufrimiento de su padre, mientras que Justino no intercede por el suyo. El relato combina diálogos, texto de narrador omnisciente y declaración o reflexión del protagonista, además de que hay un cambio en el orden de las partes que integran el cuento.

“Luvina”. Uno de los relatos más conocidos de Rulfo. Es la descripción que un maestro rural hace de Luvina, el pueblo al que llegó quince años antes, en el período cardenista. El destinatario de la descripción, un recaudador de rentas que va a ese sitio, únicamente escucha. Según el narrador, Luvina sigue igual que como cuando él estuvo allí. Así recordado, ese pueblo constituye un símbolo de la desilusión de la imposibilidad de realizar ideales. Como en el cuento “Nos han dado la tierra”, este relato presenta dos planos narrativos: el de la acción relatora del maestro y el de la realidad evocada, con las reflexiones que ésta propicia. El narrador construye minuciosamente la realidad que recuerda, Luvina, pueblo olvidado y de ambiente misterioso - prefiguración de Comala-, y ésta pasa a ser el centro del relato. Además de la voz del maestro, hay en el cuento la intervención de un narrador omnisciente. Rulfo escribió alguna vez que “Luvina” nace en el sueño del recaudador de rentas, que el relato del profesor motiva una realidad onírica magnificada, es decir poética. San Juan Bautista Luvina es una población zapoteca de la Sierra de Juárez, en el estado de Oaxaca.

“La noche que lo dejaron solo”. El cuento trata de un pasaje de la Guerra Cristera, que se efectuó en el occidente de México de 1926 a 1929. Este conflicto surgió al querer imponer el gobierno de Plutarco Elías Calles normas constitucionales y criterios políticos que no fueron aceptados por la jerarquía eclesiástica. En Jalisco, Colima, Guanajuato y otras entidades, hubo grupos de católicos que se levantaron en armas contra el gobierno, que a la vez los combatió con crueldad. El relato, que se centra en las acciones del joven cristero Feliciano Ruelas, está construido con la combinación de diálogo, narrador omnisciente y monólogo.

“Paso del Norte”. Cuento en el que se narran las vicisitudes de un individuo que emprende un viaje hacia Estados Unidos con la ilusión de trabajar y hacer dinero. Abre con el diálogo entre él y su padre, antes de

partir al Norte, y cierra con la plática que ambos sostienen al regresar el bracero al terruño. Los diálogos, que ocupan casi todo el cuento, muestran una relación de desafecto entre el padre y el hijo, y los acontecimientos narrados, una naturaleza ingenua en este último.

“Acuérdate”. Cuento en el que sobresale el empleo de la técnica, es decir del *modo* de contar. A través de la memoria portentosa y del lenguaje, el narrador recrea una historia y un ambiente pueblerinos, en los que se hermanan picardías, devociones y odios fatales. La paz de los pueblos oculta realidades soterradas de amores y de ofensas, que salen a luz en conversaciones como ésta, sucesión de cuadros de la psicología de una comunidad.

“No oyes ladrar los perros”. Las palabras de un padre que reclama al hijo su comportamiento cubren la mayor parte de este relato, en el que además hallamos un narrador omnisciente y el diálogo entre el padre y el hijo. La difícil relación familiar que da tema a muchos relatos de Rulfo aparece aquí en el conflicto entre padre e hijo. Hay una realización del parricidio en el hecho de que Ignacio mate a su padrino, y una especie de filicidio moral en el odio que el padre manifiesta verbalmente a su hijo. El cuento se construye con base en la exploración de una zona intermedia del alma humana, en la que los límites del amor y del rencor son poco claros.

“El día del derrumbe”. Conversación acerca de un terremoto en la región sur de Jalisco. Como en la mayoría de los relatos de Rulfo, en el inicio aparece directamente un elemento del diálogo, sin que un narrador omnisciente haga la composición del escenario o nos ponga en antecedentes de la historia que vamos a leer. Al igual que en “Acuérdate”, hay aquí la reconstrucción puntual de hechos lejanos en el tiempo a través de la memoria extraordinaria del narrador. Si el cuento “La noche que lo dejaron solo” nos lleva a pensar en Rulfo como un autor que se coloca al lado de los perseguidos, en este relato hallamos a un escritor que focaliza la demagogia y la inutilidad del gobierno en casos de desastre. La oralidad, recurso narrativo de Rulfo por excelencia, trae al cuento el realismo lingüístico y mental de los hombres de Jalisco.

“La herencia de Matilde Arcángel”. Relato en el que el compadre de

Euremio Cedillo describe la desgracia de éste, que muere en un enfrentamiento con unos bandoleros, entre los que se hallaba su propio hijo. La desintegración familiar es uno de los grandes temas de la narrativa rulfiana. Con el desenlace sangriento, este relato se inscribe en la corriente tremendista de mediados de siglo. El recurso narrativo es la conversación: el compadre de Euremio Cedillo cuenta la historia a un grupo de oyentes, con breves alusiones a ellos y a la forma como va desarrollando el relato. En el estado de Chiapas hay varios ranchos con el nombre de Corazón de María, pudiendo ser uno de éstos el elegido por Rulfo para situar el relato.

“Anacleto Morones”. En este relato, Lucas Lucatero cuenta la vida del curandero Anacleto Morones, cuya canonización es promovida por un grupo de mujeres pertenecientes a la Congregación del Niño Anacleto. Los datos sobre la vida de Anacleto aparecen en el cuento a lo largo de los diálogos y de las reflexiones del narrador, a propósito de que recuerda el encuentro con las congregantes. Los hechos narrados se ubican en el sur de Jalisco y aluden a una realidad que la ignorancia y el fanatismo hicieron frecuente en el campo y en los pueblos. El planteamiento discursivo supone la existencia de un interlocutor a quien el narrador platica los acontecimientos y le confiesa su punto de vista y sus acciones, pero ese interlocutor queda oculto, pudiendo ser el lector del cuento, lo que acerca el texto a la composición teatral. Este cuento tiene vivacidad, diálogos frescos y diversos planos narrativos, estructurados uno dentro de otro. Resultan notables la recreación del lenguaje popular y la caracterización de los personajes.

Como he dicho, en los relatos de *El Llano en llamas*, la violencia es el signo más evidente. Rulfo es el cuentista de la muerte violenta de los mexicanos del interior. Un autor de canciones populares de mediados del siglo XX resumió en una frase la idiosincrasia de ese México campirano. José Alfredo Jiménez escribió “La vida no vale nada”.

Pedro Páramo es la historia de un cacique, de uno de esos señores feudales que existían y seguramente todavía existen en algunas partes del interior del país. Pero en la novela de ese título se nos da mucho más que la vida de un personaje. Hallamos en ella una idiosincrasia, una visión del mundo, la de los habitantes de las poblaciones pequeñas de Jalisco, formados en la doctrina

católica. Rulfo sitúa su novela entre fines del siglo XIX y una etapa posterior a la Guerra Cristera.

En *Pedro Páramo*, vemos a un hijo que busca a su padre, que va al pueblo donde éste vivió, y sólo encuentra murmullos, ecos y ánimas por momentos corporizadas. Tras una primera parte en que se nos presenta la llegada de Juan Preciado a Comala, narrada por él a Dorotea, su vecina en la tumba del panteón de Comala, desfilan ante nosotros las escenas de la vida en esa población, dependiente de las iniciativas y mandos de Pedro Páramo. Una a una, las páginas de la novela nos muestran los sucesos sangrientos, la apropiación de las tierras hechas por el cacique, su matrimonio por interés, las arbitrariedades de los Páramo, la llegada de los villistas a la región, y sobre todo la pasión de Pedro Páramo por Susana San Juan. La novela termina con la muerte del cacique, entristecido y apocado desde la muerte de Susana San Juan.

Roberto Gómez Estrada ha compuesto un corrido, canción popular mexicana, tras la lectura de *Pedro Páramo*. Su corrido lleva por nombre “Los sucesos de Comala”, e inicia así:

Voy a contarles, señores,
la historia de Juan Preciado.
Luego de muerta Dolores,
partió muy ilusionado.

—¿A dónde vas, Juan Preciado,
qué buscas por el camino?
—Remedio pa'l desdichado.
Quiero encontrar lo perdido.

—Vengo a buscar a mi padre.
Pedro Páramo se llama.
Así me dijo mi madre,
antes de entregar el alma.

Lleva Juan como una guía
los recuerdos de Dolores,
de los tiempos ya pasados,
que para ella son mejores.

Dolores es la ilusión,
Dolores es la nostalgia.
Ella misma lleva a Juan
por ese mundo de magia.

Juan le preguntaba a Abundio:
—¿Conoce usted a don Pedro?
—Es claro que lo conozco:
todos llevamos su fierro.

Lo más curioso de todo
es que Pedro, nuestro padre,
con todo su dineral,
y nos tiene muertos de hambre.

Cuando Juan entró a Comala,
ya lo esperaba Eduviges.
—Tengo un cuarto para ti,
aunque lleno de tiliches.

Juan Preciado se sorprende
que Eduviges lo conozca.
—Tu madre vino a avisarme
con los labios de su boca.

Juan atraviesa Comala
entre el polvo y los murmullos;
va mirando por las puertas,
sin encontrar a ninguno.

Se da cuenta Juan Preciado
—¿O tal vez está soñando? —
de que al mundo de los muertos
es a donde está llegando.

Si para José Revueltas la vida era un dolor continuo, para el autor de *Pedro Páramo* el hombre es tierra. En la tumba, las voces humanas adquieren su exacta dimensión.

Quizás en la *Antología de Spoon River* (1915) del escritor norteamericano Edgar Lee Masters, haya encontrado Rulfo una clave para la construcción de su novela, ya que en esos poemas oímos a los muertos contar los sucesos de su vida y de la de sus vecinos en el imaginario Spoon River. En la obra de

Lee Master, las difuntos se exhiben descaradamente. Importa allí hablar de los hechos como fueron, ya no como parecieron. En la vida, cada hombre tiene un fragmento de la verdad, pero los muertos poseen la Verdad, son dueños de la luz, como dice el narrador al final de “En la madrugada”, refiriéndose al difunto Justo Brambila. Morir es ser juzgado y juzgarse. “Estoy empezando a pagar”, dice Pedro Páramo al tomar conciencia de la cercanía de la muerte. Borges afirmaba, antes de morir, que estaba próximo el momento de conocerse. Sólo son superiores a nosotros los que ya están bajo tierra, dijo alguna vez Rulfo.

La muerte del hombre es un misterio. No sabemos qué hay después del último latido del corazón. Parece que morimos, que todo termina. Parece. La literatura, ese enjambre de mentiras que dice la verdad, llena los espacios de la metafísica y nos trae esperanzas, uniendo lo inmaterial y los sentidos.

Los personajes de *Pedro Páramo* son almas que vagan por todos los lugares, sin los impedimentos de la materia. Al escribir esta novela, Rulfo ahondó en uno de los grandes misterios del hombre. Inicialmente, el libro es un modelo de la ilusión, una novela de la esperanza que tiene el hijo de encontrar su origen, es decir, de su padre. A Juan Preciado lo guía la nostalgia de su madre: “Allí hallarás mi querencia.” Pero la obra se torna en un modelo de desilusión, al encontrar Juan Preciado un rencor vivo en lugar del padre. Sólo murmullos, seres etéreos o en pecado, es lo que halla el hijo de Dolores. Una voz, la de Dorotea, le cuenta la historia de lo que quiso conocer al venir a Comala: quién fue Pedro Páramo. Otra voz, la del narrador omnisciente, completa para los lectores la reconstrucción de los sucesos correspondientes a la época en que Pedro Páramo era el señor feudal de la comarca.

Pero la tierra también crea el amor, no sólo el odio. Vive a su manera esa ley del cosmos. Pedro Páramo, el protagonista de esta novela, ama con egoísmo; es su amor un aliento de ambiciones, como fue la ambición de los hacendados durante el porfiriato, que durante treinta años impusieron sus propias leyes. Pedro Páramo no cuida de saber si en la construcción de su felicidad va de por medio la infelicidad de los demás; viejo asunto planteado ya en *La República*, de Platón, éste de la justicia.

En *Pedro Páramo*, Rulfo puso en práctica su concepto de la literatura, y en particular de la novela. En autores mexicanos había visto esa búsqueda de la autenticidad de que he hablado al principio. Autenticidad es lo que hallamos en su obra, construida a partir del lenguaje dialógico y de los monólogos, no del ensayo que alecciona y moraliza o desde el punto de vista del autor omnisciente. Rulfo, siguiendo a Efrén Hernández, narró desde dentro de los personajes.

Pedro Páramo es esencialmente un libro poético, una obra de las sensaciones. En esta novela, como ha señalado Nachida Harfouchi en su tesis de maestría, presentada hace unos meses en la Universidad de Orán, Argelia, están los elementos del realismo mágico, que en México es un fenómeno vital. México es un país de magia y de misterios milenarios.

Además de su obra literaria, Rulfo nos legó una importante producción fotográfica, que lo sitúa al nivel de los grandes fotógrafos mexicanos del siglo XX, como Manuel y Lola Álvarez Bravo. Rulfo se sirvió de la fotografía para dejar testimonio de la aridez del paisaje mexicano y de la pobreza ancestral de los campesinos y los indígenas de este país. Con su obra literaria, la fotografía de Rulfo retrata la tierra interior de los hombres, con su tristeza y su ternura.

Uno de los especialistas en la obra fotográfica de Rulfo es Yoon Bong Seo, quien ha publicado sobre el tema en México y en Argentina. Para él, las fotos de Rulfo revelan “el panorama de un México inquietante, al igual que lo hace su obra narrativa” (2003: 16). Rulfo, en efecto, miró con ojos nuevos la realidad de su patria, y encontró ésta inquietante, por tantos silencios, por tanto estar de rodillas, por tanto ir de espaldas. Como escribe Yoon Bong Seo en su obra fotográfica, Rulfo se muestra no como un aficionado, sino “como un experto en el arte fotográfico, característica que influye inevitablemente en su estilo literario tan particular” (2003: 16).

Creo que podemos plantearnos la integración de la narrativa y la fotografía de Rulfo. A propósito de la obra del escritor jalisciense, Eduardo Rivero habla de “un espacio de interrelaciones vectoriales que vayan de la fotografía a la literatura y de ésta a la fotografía” (1999: 124).

Bibliografía

- Arreola, Juan José(1989), *La feria*, México, FCE.
- Azuela, Mariano(1982), *Los de abajo*, México, FCE.
- Ferretis, Jorge(1993), *Hombres de tempestad*, México, CONACULTA.
- Guzmán, Martín Luis(1983), *La sombra del caudillo*, México, Porrúa.
- López Mena, Sergio(1992), “Nota filológica preliminar”, en *Juan Rulfo. Toda la obra*, Claude Fell (ed.), UNESCO, Madrid, (Col. Archivos, 17), XXXI-XXXIX.
- _____ (1992), Establecimiento del texto y notas de *El Llano en llamas*, *Pedro Páramo* y *Otras letras* de Juan Rulfo, en *Juan Rulfo. Toda la obra*, Claude Fell (ed.), UNESCO, Madrid, (Col. Archivos, 17), 1-404.
- _____ (1993), *Los caminos de la creación en Juan Rulfo*, México, UNAM.
- Masters, Edgar Lee(1999), *Antología de Spoon River*, trad. Alberto de Oliveira, México, Letras Vivas, [Ed. bilingüe].
- Revueltas, José(1989), *El luto humano*, México, Era.
- _____ (1992), *El apando*, México, Era.
- Rivero, Eduardo(1999), *Juan Rulfo, el escritor fotógrafo*, Mérida, CDCHT.
- Rulfo, Juan(1987), *El Llano en llamas* y *Pedro Páramo*, en *Obras*, México, FCE.
- Yáñez, Agustín(1994), *Al filo del agua*, México, FCE.
- Yoon, Bong-Seo(2003), “Un diálogo entre la escritura y la fotografía”. *La Oveja Negra*, año 2, núm. 6, noviembre (Trelew, Chubut, Argentina), 16-20.

Sergio López Mena
Universidad Nacional Autónoma de México
E-mail: sergiolm@servidor.unam.mx

Fecha de llegada: 23 de agosto de 2005

Fecha de revisión: 31 de octubre de 2005

Fecha de aprobación: 12 de diciembre de 2005